



El demeritado

“oficio” del traductor

Por Manuel Alfredo Garduño Oropeza

Durante los últimos años me ha tocado la difícil tarea de convencer a los alumnos y egresados de los programas de la Licenciatura en Lenguas de la necesidad de posicionar la traducción como un ejercicio profesional legítimo ante la sociedad; sin embargo, las empresas y las instituciones del sector público y privado siguen viendo a la traducción como un oficio y no como una disciplina científica.

La formación en traducción conlleva el desarrollo de competencias teóricas, metodológicas, técnicas, literarias, culturales, periodísticas y científicas, además de estar asociada con el conocimiento profundo de la lengua materna y con el dominio de un idioma extranjero en un nivel C2 (el de un nativo hablante) de acuerdo con el Marco Común Europeo de Referencia.

Parece increíble cómo las mismas instituciones educativas demeritan y menosprecian esta formación, ya sea por desconocimiento o por elitismo,

y solicitan servicios de traducción a personas que, en el mejor de los casos, son competentes en el dominio de la lengua extranjera, utilizando como bandera la ignorancia, el comodismo o la falta de presupuesto para cubrir el costo de estos servicios.

El traductor es un profesional que domina al menos dos idiomas, que conoce y utiliza métodos y técnicas para transferir textos de un idioma a otro manteniendo el significado del texto original y adaptándolo a los contextos en que será usado en la lengua destino. Además del conocimiento teórico-metodológico, el traductor debe conocer recursos



Ilustración digital: Luis Ángel Velázquez

EL TRADUCTOR ES UN
PROFESIONAL QUE CONOCE Y
UTILIZA MÉTODOS Y TÉCNICAS
PARA TRANSFERIR TEXTOS
DE UN IDIOMA A OTRO
MANTENIENDO EL SIGNIFICADO
ORIGINAL Y ADAPTÁNDOLO A
LA LENGUA DESTINO

lingüísticos de ambos idiomas, como expresiones idiomáticas, vocabulario, conectores discursivos, sistemas de puntuación, diferencias pragmáticas, estructuras sintácticas profundas, entre muchos otros.

Es incomprensible cómo la sociedad, las empresas y las instituciones siguen solicitando traducciones a cualquier persona que “domina” el idioma porque se niegan a pagar los costos por un servicio profesional.

Seguramente hay varias áreas académicas que adolecen del mismo mal. Me atrevo a pensar que los diseñadores gráficos pierden oportunidades de trabajo con personas que “dibujan muy bien”, o que los correctores de estilo y editores pierden contra los que “son muy buenos lectores” o “tienen muy buena ortografía”. Pues de la misma forma un traductor pierde estas oportunidades contra los que “hablan bien inglés” (o cualquier idioma extranjero).

Es momento de que la sociedad tome conciencia del daño que está haciendo al llevar a cabo este tipo de prácticas. Está devaluando la formación profesional, está desplazando empleos legítimos, está generando competencia desleal provocando que los profesionales disminuyan el costo de sus servicios para competir contra un mercado ilegal. Todas estas acciones son un atentado en contra de la ética profesional.

Esta situación se replica de forma equiparable cuando en lugar de ir al doctor vamos con la vecina que ha tenido muchos hijos y conoce los remedios para todos los males; cuando en vez de ir con el contador le pedimos a un primo que es bueno en matemáticas que nos haga las declaraciones fiscales; o cuando en vez de ir al notario a redactar un testamento lo hacemos en una hoja y le pedimos a un pariente que firme como testigo. De igual forma sucede cuando encargan una

traducción a alguien que medio domina el inglés y le piden que les cobre barato y que lo haga con carácter de jurgente!

Sin embargo, cuando se trata de la compra de bienes, especialmente de los que tienen el mejor posicionamiento en el mercado, pagamos hasta más de tres veces su valor. Nunca he visto a alguien pedir en un supermercado o tienda departamental que por única ocasión le hagan un descuento.

Es nuestro deber como sociedad darle el valor que le corresponde a la educación. Reconocer a todos los profesionistas por igual, recurrir a sus servicios cada vez que se necesite y pagar lo justo por los mismos. Cada uno de estos profesionales, como los traductores, ha pasado años adquiriendo su formación académica, ha invertido mucho tiempo en mantenerse actualizado en su competencia profesional y dedica horas de análisis, síntesis y aplicación de sus conocimientos para realizar los servicios encomendados. Todos ellos merecen nuestro reconocimiento, así como el pago correcto y oportuno por sus servicios. 



Manuel Alfredo Garduño Oropeza es maestro en Lingüística Aplicada por la UNAM y profesor de tiempo completo en la Facultad de Lenguas de la UAEM, espacio del que también fue director, así como del área de Relaciones Internacionales en la misma universidad. Es autor de la novela *Flashback* (2016) y de un blog en el que comparte ensayos y cuentos cortos.